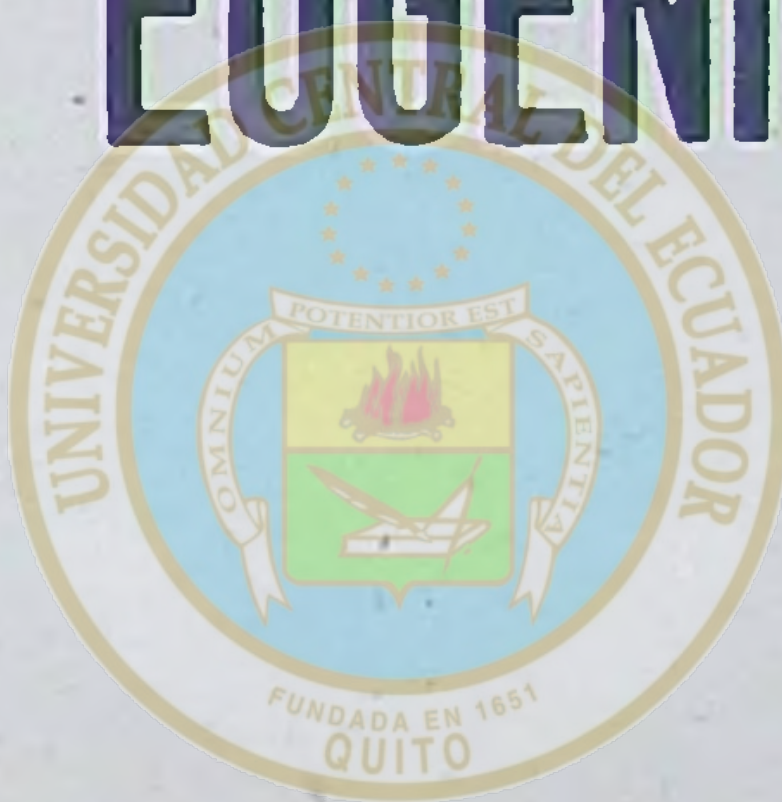


JOSE ALFREDO LLERENA

LA LECCION DE EUGENIO ESPEJO



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Dramatización para el teatro del aire

QUITO—ECUADOR

PERSONAJES:

NARRADOR
MANUELA ESPEJO
EUGENIO ESPEJO
CURA ESPEJO
UNA VOZ
OTRA VOZ
TERCERA VOZ
CUARTA VOZ
UN GUARDIA

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Dirigió la representación Telmo Váscuez.
La sonorización, Juan Cristóbal.

Efecto.—Llamas que devoran montones de papeles. Silban, abrasando grandes cantidades de libros. Una vez que ha comenzado este efecto, debe seguir como fondo de las siguientes palabras del narrador:

Narrador.—En la ciudad de Quito. A fines del siglo XVIII. Eran los días de la Colonia. El despotismo de España conquistadora se dejaba sentir con todo su rigor. Para impedir que las ideas se difundieran y amenazaran a la tiranía que pesaba sobre los colonos, toda publicación peligrosa era quemada por las autoridades coloniales. Sólo se permitía la libre circulación de los impresos en que se consignaban elogios para los amos. Todos los libros eran pasados por la censura. Y las mejores obras de ciencia, arte, literatura y

filosofía eran arrojadas al fuego. Y se convertían en cenizas. Así se pensaba matar las ideas. Y detener la evolución de la sociedad.

Indicación.—El efecto continúa por unos segundos después del parlamento del narrador. Luego, cesa.

Narrador.—En aquellos oscuros días de la Colonia, vivió en Quito el doctor Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, el primer periodista de Latinoamérica. Fué perseguido y vilipendiado a causa de sus ideas libertarias.

Efecto.—Breve espacio musical. Iniciación de escena.

Manuela Espejo.—Y al fin, ¿cuándo te van a pagar esos sueldos?

Eugenio.—Qué se yo. Talvez el mes próximo.

Manuela.—Todos los meses pasados han venido diciendo lo mismo.

Eugenio.—¿Y? . . . ¿Qué hacer? Creo que, al fin, me pagarán, hermanita. Entonces, podré pagarte la deuda. Tu que has sido y eres tan generosa conmigo. . . .

Manuela.—No he pensado cobrar. No he pensado ni un instante. Me ofendes. No diré una palabra más.

Eugenio.—Hermanita: es que me estás manteniendo. . . . Tal es la verdad.

Manuela.—Basta, hermano. Por favor. Había mencionado la cuestión de tus sueldos no porque deseo cobrarte la deuda, sino porque me duele que te engañen. Todos los empleados de Quito tienen grandes sueldos, sueldos efectivos. El único que trabaja gratuitamente es el bibliotecario.

Eugenio.—Por desgracia, hasta ahora ha sido así. Y eso que soy el primer bibliotecario, el que sirve a la primera biblioteca pública que se ha fundado en esta ciudad. Pero, yo creo que el asunto de mis sueldos se va a arreglar cualquier momento.

Manuela.—Llevas un año de trabajar sin recibir una sola mensualidad. Otros empleados, cuyo trabajo es insignificante, se llenan los bolsillos; tienen para derrochar y hasta guardan.

Eugenio.—Sucede que esos otros a quienes te refieres,

saben adular a las autoridades. Ellos nunca contradijeron a sus superiores. Nunca se atrevieron a pensar siquiera.

Manuela.—Hicieron bien. Si no dejan pensar libremente, ¿para qué obstinarse en lo contrario? Es mejor estar del lado de los que mandan. Y con la boca callada...

Eugenio.—Eso es lo que un hombre civilizado no puede hacer. Me matarán antes que yo me convierta en uno de esos perros aduladores. No puedo tolerar que en el país manden los ignorantes.

Manuela.—¿Y qué más?

Eugenio.—Eso está mal. Las cosas deben cambiar.

Manuela.—¿Cómo?

Eugenio.—Debemos enseñar la verdad. En los regímenes de terror se persigue la verdad para mantener la esclavitud. Abajo la esclavitud.

Manuela.—¡Disparates!... ¿Quién atenderá tus utopías? Mientras tanto, el dinero nos hace falta para vivir.

Eugenio.—No te angusties. El trabajo de un año no podrán robarme. Ya elevé una reclamación ante el Presidente Villalegua.

Manuela.—¿Y?...

Eugenio.—La cosa tiene que pasar a la superioridad de los jesuitas. De allí tiene que volver al gobierno. Y después, se seguirá un pequeño trámite. Tendrán que dar un informe, que hacer poner un "visto bueno" en Tesorería.

Manuela.—Y de allí pasará la cosa a la Eternidad. Abandona la biblioteca, hermano. Deja que la cuide algún desocupado. Yo vendería esos paquetes viejos que llaman libros. Para lo que sirven.

Eugenio.—Pobre mujer ignorante. Porque existen centenares, miles de mujeres como tú, el mundo está hundido en una negra noche.

Efecto.—Campanadas. Suena la ronca campana de la catedral de Quito, indicando el momento en que las gentes deben recogerse a los hogares. Eso se llamaba "el toque de queda".

Narrador.—Después del toque de queda, Quito caía

en un silencio profundo. Sólo quedaban a vagar por las calles los fantasmas y los foragidos, los tenebrosos tenorios...

Efecto.—Aullidos distantes de los canes...

Narrador.—Únicamente los perros dejaban oír sus voces lastimeras en la pequeña ciudad colonial, en cuyas noches reinaba el crimen... En las alcobas la murmuración dejaba caer su constante veneno. Y se incubaban las pasiones...

Efecto.—Ladridos de perros, mezclado con tropel de caballos. El tropel lejano va, poco a poco, acercándose hasta que se torna muy próximo y se interrumpe súbitamente.

Cura Espejo.—Aj... juy... (expresiones de cansancio). La carrera que hemos pegado. Aj... (señal, consistente en un agudo silbido).

Eugenio.—¿Un silbido? Sí... Debe ser él. Temía que se atrasase.

Eugenio.—¿Eres tú, hermano?

Cura.—Sí. Abre.

Eugenio.—Algo atrasado, eh?

Cura.—Qué cansancio. Y eso que tengo un buen caballo. ¿Qué ha sucedido?

Eugenio.—Y tú, curita, ¿traes buenas noticias?

Cura.—Sí. Todo salió bien. ¿Y aquí?

Eugenio.—Todo marcha como pensábamos.

Cura.—¿No faltó alguien?

Eugenio.—Ninguno. Se fueron momentos antes de que llegases. Tienen cierto pesimismo, especialmente en lo que respecta a la parte económica.

Cura.—Todo salió bien. El joven marqués está en acuerdo.

Eugenio.—No le parecieron descabelladas nuestras actividades?

Cura.—Al principio, sí. Pero, pude convencerle. Y como tiene suficiente dinero. Va a destinar, dentro del más riguroso secreto, una mensualidad para la propaganda. Me dió este dinero, por adelantado.

Eugenio.—Parece increíble que un marqués se deje convencer de estas cosas. Siendo joven y noble. Porque lo que sucede es que los nobles jóvenes, por lo general, son monarquistas y gastan más de lo que tienen.

Cura.—Derrochan para alimentar los vicios de tanta gente pecadora. Donde esas harpías que se han de condenar. No temen el castigo de Dios.

Eugenio.—Hay hasta sacerdotes que no temen el castigo de Dios. De algunos de ellos se dicen cosas horribles.

Cura.—Hermano: no hables así de los religiosos. Entre ellos hay de todo: de lo bueno y de lo malo, pero más de lo primero.

Eugenio.—Es que a veces sobre ellos se ciernen peligros inmediatos, y no tan sólo el castigo de Dios.

Cura.—¡Oh! Eso del peligro. También se cierne sobre los revolucionarios.

Eugenio.—No es broma. Te lo advierto, hermano. Sobre todo, debes tener en cuenta que estamos rodeados de mucha gente que nos odia.

Cura.—¿Se ha dicho algo? ¿Alguna calumnia contra mí?

Eugenio.—Una calumnia infame. Entre broma y serio, en forma de rumor ha llegado a mis oídos algo que afecta mucho a tu honra de religioso.

Cura.—Por favor, Eugenio, ¿qué han dicho?

Eugenio.—Eres un sacerdote. Y te han visto salir, de noche, de la casa de cierta mujer.

Cura.—Claro que sí. Cuantas veces he ido por la noche a casas en donde viven mujeres para prestarles los oficios religiosos.

Eugenio.—Sí. Pero la frecuencia. Tú frecuentas la casa de una Navarrete, de una campesina que se ha radicado en Quito con malos fines. Para un religioso esto que te acabo de contar es terrible.

Cura.—Hermanito, ¿quién lo ha dicho?

Eugenio.—Muchas personas. Es un rumor. Nos puede arruinar a todos. Y es que muchos individuos del gobierno nos odian. En estos regímenes de terror, de absolutismo, los que gobiernan se sirven de mínimos pretextos para atacar contra la libertad personal.

Cura.—Cuanto odio estas monarquías. Lo terrible de las monarquías no son tanto los reyes, cuanto los lacayos que les rodean. . . . Lacayos, más lacayos. Esas son las monarquías.

Efecto.—Ladrido sobresaltado de los perros.

Eugenio.—¿Eh? . . . ¿Alguien te siguió cuando viniste?

Cura.—No. Debe ser alguien que pasa, casualmente.

Eugenio.—O talvez algún soplón. Quizá te siguieron. Porque los soplones abundan.

Cura.—No. Lo sabría por el caballo. Cuando se le acerca algún extraño, me avisa con un relincho. Bien, ahora vamos al grano.

Eugenio.—Quedó constituída la sociedad. La componen siete personas, contándonos los dos. Te nombraron Tesorero. Por todo esto, te advierto que debes tener cuidado.

Cura.—No me hables más del asunto. ¿Y qué más?

Eugenio.—Se me ha encomendado la redacción de los panfletos. El sargento y dos soldados de su confianza se encargarán de colocar los escritos en las esquinas, por la noche. Y al día siguiente, ellos mismos darán la voz de alarma.

Cura.—¿Eso es todo? . . . ¿Sólo eso?

Eugenio.—El cura Félix se encargará de regar dinero en el ejército. Es el confesor de las familias de los oficiales.

Cura.—Hasta aquí las cosas están aceptables.

Eugenio.—Pedro se encargará de llevar el correo secreto a varios lugares del país. Está protegido por el mismísimo Presidente. Los demás son ayudantes, gente de confianza.

Cura.—¿Y nada más?

Eugenio.—Pero, ¿qué más? Hemos aprobado varios puntos. Primero: publicar una hoja, editarla bajo los auspicios del Presidente.

Cura.—Será necesario adularle.

Eugenio.—Evidente. Habrá que alimentar su vanidad de cuando en cuando. Pero, en medio de ese incienso intercalaremos la verdad. El objeto es enseñar.

Cura.—¿Y todo esto lo tolerarán?

Eugenio.—Sí. Lo tolerarán por algún tiempo. La idea de la aparición de una hoja impresa me ha puesto muy contento. Será órgano de la Sociedad de Amigos del País y estará auspiciada por el Presidente. Y en ella, a pesar del auspicio oficial, diremos grandes cosas. Para que los quiteños vayan aprendiendo a no ser tan sumisos y tan buenos.

Cura.—Y con todo esto ¿a dónde vamos? Nuestra misión será sólo la de sembrar?

Eugenio.—Eso lo resolverá el tiempo. Lo único cierto es que no hay semilla que no fructifique cuando se la siem-

bra. Los puntos principales que nos hemos propuesto divulgar, introducir en la conciencia de la masa, son: La independencia de Quito, su separación de la tutela española. En la consecución de este proyecto nos ayudará Inglaterra. Es Inglaterra, en este momento, el país que se encuentra a la vanguardia en la lucha por la libertad.

Cura.—Me entusiasma. Pero, ¿seremos tan libres como para hacer lo que se nos antoje?

Eugenio.—Sí, libres. Pero, primero tendremos que enseñar esto a los quiteños. Y los cambios de autoridades vendrán después, por la propia naturaleza de los hechos.

Efecto.—**Música de transición a otra escena.**

Narrador.—Pasaron muchos meses, sin que las cosas se alteraran mayormente en la tranquila ciudad de Quito. Marzo de 1791.

Efecto.—Rasga la hoja del calendario.

Narrador.—Abril. . . .

Efecto.—Rasga la hoja.

Narrador.—Mayo.

Efecto.—Rasga la hoja.

Narrador.—Junio, julio, agosto. . . diciembre de 1792.

Efecto.—Rasga las hojas.

Narrador.—El cinco de enero de 1792, día jueves, se produjo un acontecimiento sensacional: se publicó en Quito el primer número del primer periódico de América Latina.

Efecto.—Campanas alegres que llenan el ámbito de la ciudad. Campanas de todas las voces.

Una voz.—¿Dónde lo compró usted. . . ?

Otra voz.—En una tienda. En esa esquina. Yendo por la calle del cuartel.

Tercera voz.—Los quiteños estamos ya de a gaceta.

Otra voz.—Aparecerá cada quince días, según se anuncia. Preste, preste un momentito.

Una voz.—Ese doctorcito nos resultó un talento. Y eso que es indiecito. Lindo nombre: Primicias de la Cultura de Quito.

Otra voz.—¿Me aceptarán aquí un escrito contra el bandido ese que me quiere robar la casa?

Cuarta voz.—A mí no me gusta mucho esta gaceta. El título es simpático, humilde. Pero algunas cosas son petulantés. La gente como es novelera todo lo aplaude.

Otra voz.—No veo nada malo.

Cuarta voz.—Un sacerdote como yo no puede dejar pasar esto. Fíjese lo que dice: pienso, luego existo.

Otra voz.—Eso no tiene nada. Si usted piensa es porque existe.

Cuarta voz.—No tal, amigo. Cualquiera no puede hablar de la existencia. Acaso los hombres somos dueños de nuestra existencia? El dueño es Dios. Este doctor Espejo se ha ido muy lejos. Así lo diré al Presidente.

Efecto.—Espacio para el sonido de una prensa de rodillo y de plato, en pleno trabajo. Después de decurridos algunos segundos con este efecto, seguirá el mismo como fondo del siguiente parlamento:

Narrador.—"Primicias de la Cultura Quiteña" apareció en Quito el cinco de enero de 1792. Antes, no se había publicado ningún otro periódico en América Latina. Aparecieron luego el segundo número, el tercero, el cuarto, el quinto, el sexto, y el séptimo y último que se editó el 29 de marzo de 1792. En *Primicias de la Cultura de Quito* se predica la defensa de la libertad humana, el cultivo de las ciencias y de las artes. En dicho periódico se ensalza el "quiteñismo", la personalidad de esta capital.

Efecto.—Ladridos desesperados de los perros.

Eugenio.—¿Eh? ¿Quién será? hermanita, a estas horas.

Efecto.—Golpes en la puerta.

Eugenio.—¿Quién es? ¿Quién es?

Efecto.—Puntapiés en las puertas. Estas se van abajo.

Eugenio.—¿Qué les sucede a ustedes, atrevidos?

Efecto.—Varios soldados que entran haciendo sonar sus espadas. Pasos numerosos.

Guardia.—Silencio. Si se hace el bravo le despachamos. Tenemos orden de matarle si es que resiste.

Eugenio.—¿Orden de quién? ¿Quién manda en mi casa?

Guardia.—Silencio, estúpido. Es orden del Excelentísimo señor Presidente. Léalo. Está usted preso.

Eugenio.—Todo puede ser. Pero, ¿se puede saber por qué?

Guardia.—Tenemos orden de apresarle, y suficiente. Nada de explicaciones. Ha estado usted conspirando contra su Excelencia, Muñoz de Guzman. Lo sabe todo.

Eugenio.—Déjenme un momento.

Guardia.—Basta de explicaciones. No queremos saber nada. Es orden superior. Or—den su—pe—rior.

Eugenio.—Bien, señores. Iré. Comprendo que usted no hace otra cosa que cumplir órdenes y ganar unos suelditos. Mis perros tampoco hacen otra cosa que ladrar y pedir comida.

Guardia.—Llévenlo inmediatamente. Cinco hombres se quedan conmigo.

Eugenio.—¿Qué van ustedes a hacer? ¿Van a atropellar a mi hermana? ¿A una mujer indefensa?

Guardia.—No nos importa la india de su hermana. Lévenle. Mientras tanto, nosotros vamos a dar cuenta con esos papeles ridículos que usted escribe y con esos paquetes de donde copia lo que escribe. Lárguense....

Efecto.—Pasos numerosos que se alejan. Suenan las armaduras.

Guardia.—A medio cuarto todos esos papeles. Y también los libros. Así... Muy bien... Pronto, pronto. Amontonen, amontonen... magnífico. Sí. Todo. Todo. Indio éste que se ha metido a sabio. ¿De dónde habrá sacado estos libros estúpidos? Se ha permitido escribir contra los españoles. Estos indios desgraciados viven gracias a nuestra piedad. Pongan todos los papeles en el montón.... Indios puercos: nosotros, los españoles, les damos la tierra para que vivan. Prendan fuego. No ha quedado ni un pápel, ¿verdad? Que salga una hoguera grandecita.

Efecto.—El fuego devora, silbando, los papeles y los libros.

Guardia.—Ja, ja. Los escritos del indio sabio. En lo que van a quedar estos escritos envenenados. En nada. Como cuando se quema un nido de serpientes. Indios atrevidos.

Efecto.—Música de transición a otra escena. Música que pone en tensión los nervios.

Eugenio.—(Tose dos veces). Ay. Me muero.

Guardia.—Pobre Espejito, está usted un poco mal. Ahora hasta me arrepiento de haberlo capturado, hace ya tiempos. Está usted un poco mal.

Eugenio.—(Tose dos veces) Ay! Me muero.

Guardia.—Es lástima. ¿Por qué se enredó usted en estas cosas? ¿Cómo le descubrieron? ¿Por esa mujer?

Eugenio.—(Tose). ¡Ay! El frío de esta prisión me mata. Me descubrieron por esa Navarrete. Por esa mujer, a quien mi hermano, el Cura, tuvo la debilidad de contar. Esa Navarrete sopló a su madre. La madre trasladó el chisme a un franciscano. Y éste al Presidente. (Tose). ¡Qué frío!

Guardia.—¿Qué ha alcanzado? Nada. La muerte. Si no hubiese atacado a las autoridades, hasta le habrían dado un buen sueldo.

Eugenio.—¿Por mis escritos? No. Preferible morir de hambre. Y llevar a la fosa este odio sagrado. Este odio contra las tiranías. ¿Cómo puede vivir el hombre si no es libre?

Guardia.—(desencantado). No ha obtenido nada.

Eugenio.—Ahora, no. Pero, algún día, nuestros hijos. Ellos se sentirán felices siendo libres. Su felicidad ha costado nuestras vidas.

Efecto.—Pequeño espacio de música fúnebre, de transición a otra escena.

Narrador.—Y un día de diciembre de 1795, sacaron de la cárcel pública un cuerpo inerte, un cuerpo que no había recibido la luz del sol durante tres años. La partida de defunción se escribió en el registro de los cholos y de los indios con el nombre de **Eugenio Javier de Santa Cruz y Espejo**.

Hoy, se le está haciendo justicia a este hombre que brilló como una luz en la noche de la Colonia y que fue sacrificado por los enemigos de la libertad humana.

GONG.